“Un día, los dioses se retiran…” (Literatura/Filosofía: el entre-dos)[1]

Jean-Luc Nancy

Un día, los dioses se retiran. Por sí mismos se retiran de su divinidad, es decir, de su presencia. No se ausentan simplemente: no van a otra parte, se retiran de su propia presencia: se ausentan hacia adentro.

Lo que queda de su presencia es lo que queda de toda presencia cuando se ha ausentado: queda lo que se puede decir de ella. Lo que se puede decir de ella es lo que queda cuando ya no podemos dirigirnos a ella: ni hablarle, ni tocarla, ni mirarla, ni hacerle un presente.

(Tal vez, por otra parte, los dioses se retiran porque ya no se le hace ningún presente a su presencia: ya no hay sacrificio, ya no hay oblación, salvo por costumbre y por imitación. Tenemos otras cosas que hacer: escribir, por ejemplo, calcular, comerciar, legislar. Privada de presentes, la presencia se retira).

Lo que se puede decir de la presencia ausentada es siempre una de dos cosas: es su verdad, o es su historia. Por supuesto, conviene que sea su historia verdadera. Pero como la presencia ha huido, ya no es seguro que ninguna historia sobre ella sea absolutamente verídica, porque ninguna presencia viene a atestiguarlo.

Lo que queda se divide entonces de inmediato en dos: la historia y la verdad. Ambas tienen el mismo origen y se remiten a la misma cosa: a la misma presencia que se ha retirado. Su retirada se manifiesta, por lo tanto, como el trazo que separa a ambas, la historia y la verdad.

Se llama *mythos* al relato de las acciones y pasiones divinas, entre las cuales siempre se encuentra aquello que concierne al mundo y a su marcha, al hombre y a su destino. *Mythos* significa el decir de algo, mediante el cual se da a conocer la cosa, el asunto: en latín, su *narratio*, que es su saber. Cuando los

[1] Fragmento tomado de Nancy, Jean-Luc, *Demande: philosophie, littérature. Textes réunis avec la collaboration de Ginette Michaud*. Paris, Galilée, 2015, pp. 37-41. Traducción de Julieta Yelin.

dioses se han retirado, su historia ya no puede ser simplemente verdadera, ni su verdad ser simplemente contada. Falta allí la presencia que atestigüe la existencia de lo que se cuenta al mismo tiempo que la veracidad de la palabra que lo cuenta.

Falta el cuerpo de los dioses: Osiris sigue desmembrado; el gran Pan ha muerto. Falta el cuerpo verdadero que por sí mismo profiriera su verdad: su estatua salpicada con la sangre de las víctimas, impregnada de los vapores del incienso, o bien el bosque sagrado en el cual escuchar el murmullo del manantial donde desemboca una presencia subterránea.

Falta ese cuerpo proferidor, queda lo que se puede decir de él —y lo dicho se ha vuelto incorpóreo, al igual que el vacío, el lugar y el tiempo. Estas son las cuatro formas de lo incorpóreo, es decir, del intervalo en el cual pueden encontrarse cuerpos, pero que nunca es, él mismo, un cuerpo. El intervalo tiene por propiedad abrirse y dividirse.

Lo dicho ya no está dado, compacto, junto con el cuerpo divino, oración de sus labios: se aparta de sí, se distiende, *logos*.

*

Entonces, la verdad y la narración se separan. Su separación está trazada por el mismo trazo que se tira sobre la retirada de los dioses. El cuerpo de los dioses es lo que queda entre ambas: queda allí como su propia ausencia. Queda allí como cuerpo pintado, cuerpo figurado, cuerpo narrado: pero ya no hay cuerpo a cuerpo sagrado.

Entre literatura y filosofía falta este entrelazamiento, este abrazo, esta refriega sagrada del hombre con el dios, es decir, con el animal, con la planta, con el rayo y con la roca. Su distinción es exactamente el desentrelazamiento, el desabrazo. La mezcla así desmezclada es dividida por la más cortante de las hojas: pero el corte mismo lleva para siempre las adherencias de la maraña. Entre ambas, hay lo inextricable.

*

La verdad y la narración se separan de tal suerte que es su separación la que instituye a la una y a la otra. Sin la separación, no habría ni verdad ni narración: habría el cuerpo divino.

No solo la narración es susceptible o sospechosa de carecer de verdad, sino que está privada de ella desde el principio, estando privada del cuerpo presente como boca de su propia proferición, como piel de su propia exposición.

Esta privación es idéntica a la privación de la verdad, y la verdad, por principio, pasa aquí a un lado, hacia la retirada, infigurable, inenarrable. La verdad se convierte en un punto de fuga que se anamorfosea en signo de interrogación. La verdad se convierte en: "¿qué es la verdad?". Franquear la pregunta, sin embargo, emanciparse de ella, sigue siendo el punto de fuga, la perspectiva infinita de lo que desde entonces se llama *logos*.

La narración expone figuras: se inventa a sí misma como la figuralidad en general, es decir, el trazado de los contornos por los cuales un cuerpo se señala y, en primer lugar, se hace cuerpo, pero un trazado del que sigue siendo dudoso si el cuerpo que rodea es verdadero. El trazado narrativo presenta la manifestación de un cuerpo, pero no está claro que esta sea idéntica a un cuerpo manifiesto.

O, mejor dicho, es evidente que no lo es: al representarlo, la narración lo declara ausente. Es el mismo trazo que creó al propio dios —oficiando con cabeza de chacal o con una lágrima de resina en el tronco de un árbol— y que ahora le da forma. Pero ese trazo se divide por sí mismo: el cuerpo divino brilla por su ausencia.

La perspectiva de la verdad apunta entonces a esta falta como el lugar de lo que también desea, pero cuya falta se empeña en mostrar. Al mostrar la falta —la figura misma, la imitación, la representación, la alegoría, la mitología, la literatura—, dice su verdad: que es una falta, que está en falta (error, ilusión, mentira, engaño). Al decir esta verdad, sin embargo, no dice más que la mitad de lo verdadero: le falta la presencia más allá de la figura o en la figura misma. Pero el discurso de la verdad profiere que esta presencia está más allá del ser. Este mismo discurso empuja hasta ese más allá, donde se abisma en una luz excesiva, un deslumbramiento en medio del cual se anula toda figuralidad posible.

*

Entre la figura y el deslumbramiento queda el cuerpo divino ausente. Queda un singular cuerpo de ausencia al que, por ambos lados, tocan la narración y la perspectiva de la verdad. Una describe las formas del cuerpo, la otra inscribe su excavación. Entre lo descrito y lo inscrito, siempre estirado entre ambos, descuartizado, lo escrito solo, interminable grafismo cincelado en el plomo de un sello fijado sobre el lugar de la retirada. La escena se interpreta alrededor de una tumba vacía, de una momia hueca, de un retrato que no se parece a nadie: alrededor de un cuerpo de ahora en adelante producido, proferido como «cuerpo», es decir, como un afuera ausente.

Pero es una escena, y se interpreta muy efectivamente. Es una escena simultánea de duelo y de deseo: la filosofía, la literatura, cada una en duelo y en deseo de la otra (de la otra misma), pero cada una rivalizando también con la otra en la consumación del duelo y del deseo.

Si el duelo prevalece y se encierra en un desamparo sin fin, la una o la otra se hunde en la melancolía, con la garganta oprimida por el cuerpo perdido. Pero este último es también, y cada vez, para una, la imagen de la otra: la filosofía se estrangula de literatura imposible —de una literatura que es su propio imposible—. O bien, es a la inversa.

A veces es la literatura la que conduce el duelo que la filosofía sufre o niega. A veces es la filosofía la que sostiene la ausencia que la literatura maquilla. Pero el gesto de una puede muy bien ser el acto de la otra. Así también puede haber un poema filosófico que se agota en el deseo de la otra y de hacer poema: Zaratustra exclama para terminar:

> ¿Es acaso hacia la felicidad que me esfuerzo? ¡Me esfuerzo hacia mi obra![2]

Y puede haber un pensamiento, ligado sin religión en sus versos a Venus, que termine así, exscrito fuera de las palabras, su canto a la naturaleza llevado al rojo vivo:

[2] Nancy cita la siguiente traducción francesa: "Est-ce donc vers le bonheur que je m'efforce? Je m'efforce vers mon œuvre!" *Ainsi parlait Zarathoustra. Un livre pour tous et pour personne*, trad. fr. y presentación de G.-A. Goldschmidt, París, Le Livre de Poche, 1972, p. 466.

Sobre piras erigidas para otros,
los hombres colocaban a gritos a los de su sangre,
acercaban la antorcha, entablaban luchas
sangrientas antes que abandonar los cuerpos.[3]

No abandonar los cuerpos, y tal vez con desprecio de la obra, tal es la tarea. No abandonar los cuerpos de los dioses sin desear por ello convocar de nuevo su presencia. No abandonar el oficio de la verdad ni el de la figura, sin colmar por ello de sentido la brecha que los separa. No abandonar el mundo que se hace cada vez más mundo, cada vez más atravesado por la ausencia, cada vez más en intervalo, incorpóreo, sin saturarlo por tanto de significación, de revelación, de anuncio ni de apocalipsis. La ausencia de los dioses es la condición de ambas, literatura y filosofía, el entre-dos que legitima a la una y a la otra, irreversiblemente ateológicas. Pero entre las dos tienen el oficio de cuidar del entre-dos: de mantener su cuerpo abierto, de dejarle la oportunidad de esta apertura.

[3] "Sur des bûchers dressés pour d'autres, / des hommes plaçaient à grands cris ceux de leur sang, approchaient la torche, engageaient des luttes / sanglantes plutôt que d'abandonner les corps." *Lucrèce, De la nature. De rerum natura*, VI, v. 1283-1286, tr. fr., introd. et notes J. Kany-Turpin, Paris, Aubier, 1,993, p. 467.